

PRÓLOGO A
*El panal
rumoroso*

DE BERNARD DE MANDEVILLE

Adolfo Castañón

Bernard de Mandeville o Bernard Mandeville, como prefirió llamarse al final de sus días, fue bautizado en Rotterdam el 20 de noviembre de 1670, y a los 63 murió en Londres, el 21 de enero de 1733. Aunque es autor de más de una quincena de obras, su libro más conocido es *The Fable of the Bees: or Private Vices, Public Benefits* (1714), originalmente publicado en forma anónima y parcial con el título de *The Grumbling Hive: or Knaves Turn'd Honest* (1705), librito de 26 páginas que alojaba un poema que tuvo éxito fulminante y gozó del ambiguo honor de la edición pirata que “iba voceándose por las calles a medio penique”. Nueve años más tarde, Mandeville reincidió haciendo aparecer *The Fable of the Bees: or Private Vices and Public Benefits* (1714), añadiendo al poema original una *Enquiry into the Origin of Moral Virtue* y de 20 “observaciones” sobre las opiniones emitidas en la fábula. El reincidente no dejaría de serlo: en 1723 publicó una segunda edición en la que amplió significativamente las observaciones y además incluyó un par de nuevos textos: *An Essay on Charity and Charity-Schools* y *A Search into the Nature of Society*. Estos ensayos, en particular el primero, fueron las gotas que derramaron el vaso de la paciencia pública. Uno tras otro empezaron a acumularse los ataques hasta que el Gran Jurado de Middlesex denunció la obra como un escándalo y una indecencia pública. El *London Journal* del 27 de julio publicó una carta injuriosa en contra de Mandeville, quien se vio obligado a publicar en el mismo periódico una defensa tanto contra la carta como contra la denuncia del Gran Jurado. Pero Mandeville no dejaba de reincidir: en 1724 hace aparecer la tercera edición que,

además de incluir la defensa, introduce no pocos cambios estilísticos que documentan hasta qué punto era un concienzudo artesano de la palabra.

Mientras las ediciones de la Primera Parte iban apareciendo una tras otra, Mandeville no escarmentaba y escribía una Segunda Parte de *La Fábula* —que consta de un Prefacio y seis diálogos— que saldría a la estampa en 1728 bajo el título: *The Fable of the Bees. Part II. By the Author of the First*. Finalmente, se publicaron ambas partes juntas, primero en 1733 y luego en Edimburgo en 1755, y todavía otra más en 1772 y aún otra en 1795 que se reimprimiría en 1806, poco antes de que en 1811 se diese una resurrección parcial de la obra en Boston, Massachusetts, en un cuadernillo “impreso para el pueblo”. Todo esto sin contar las selecciones, ediciones parciales y traducciones al alemán y al francés que se publicaron poco después de la muerte del autor.

Este resumen bibliográfico se comprenderá mejor si se tiene presente la abigarrada y polémica recepción de que fue objeto la obra de Mandeville. Lo discutieron o admiraron el Dr. Johnson, Adam Smith, Rousseau, Voltaire, Diderot, Kant, Herder, Gibbon, Hazlitt, Disraeli, Taine, Marx...

¿Cómo explicar el éxito perdurable que *El panal rumoroso* y *La fábula de las abejas* tuvieron desde el día siguiente de su aparición? El libro más maligno y sagaz de la lengua inglesa, al decir de algún crítico, está en el origen de conceptos como el de “la división del trabajo”, ideas como la defensa radical del libre comercio (conocida como *laissez-faire*), la apología del lujo y la corrupción como motores del crecimiento económico o de la convicción de que todos los actores humanos son en el fondo viciosos o sospechosos de serlo.

El humanismo de Mandeville, y aun su cinismo, corren paralelos al horizonte radicalmente utilitarista que abrió su obra y que encuentra en Adam Smith su expresión más madura. De otra parte, el anarquismo filosófico de Mandeville encontraría eco en Voltaire (*cf. Le Mondain*) y en Diderot. Su contribución a la psicologización de la economía se afianzó al sustentar que “el bienestar egoísta del individuo redundaba en el bien del Estado”. Al aportar un respaldo filosófico verdadero a favor del individualismo en el comercio, contribuyó a que el liberalismo llegaría a ser una filosofía económica gracias a la minucia de sus análisis psicológicos sociales y políticos. El concepto de tolerancia religiosa, que en última instancia cabe remitir a la antigua doctrina de los estoicos y neo-estoicos de los siglos XV y

XVI, empezando por Montaigne y terminando con juristas como Grocio, fue transportado sigilosamente por Mandeville a la teoría del comercio y del conocimiento ético. Holandés por su nacimiento, inglés por su formación y expresión, francés por su tradición de pensamiento, Mandeville fue un ejemplo de inteligencia cosmopolita, acostumbrada a navegar en varias corrientes: la literatura, la filosofía, el debate teológico, la economía, el derecho, la medicina —pues esa fue su primera formación en Holanda. Su corrosivo pensamiento era —en muchos sentidos— convergente con el de La Rochefoucauld quien sostenía, entre otras cosas, que “Nuestras virtudes lo más a menudo son vicios disfrazados”. Sus elementos rabelaisianos, su anarquismo filosófico y la paradójica mezcla de criterios morales no dejaron de suscitar una suerte de histeria intelectual en su contra, como lo prueba la citada denuncia y muchas otras reacciones que no podían dejar pasar su ética revulsiva. A pesar de todo, era “muy aficionado a la compañía” y tenía no pocos amigos y tertulios que se reunían a su alrededor.

En su *Autobiografía*, Benjamín Franklin dio otra prueba de su cordura al registrar con su expresiva parsimonia la visita que hizo a Mandeville, un varón, por supuesto “clubable”, para invocar la división establecida por el Dr. Johnson entre hombres “clubables” y “no-clubables”. “El Dr. Lyons —recuerda Franklin— me llevó al Horns, un pabellón donde se sirve cerveza ligera (...) y me presentó al Dr. Mandeville, autor de *La fábula de las abejas*, que tenía ahí un club cuya alma era él mismo, el más gracioso y entretenido tertulio entre todos.” Pero su jubiloso humor no lo salvó de ese “catarro mortal”, la influenza, que el 21 de enero de 1733 lo sustrajo de este mundo vicioso y de sus virtuosas mascaradas.

Si la influencia de Bernard Mandeville en distintos órdenes del pensamiento contemporáneo —el económico, el filosófico, el psicológico, el político, el literario— está fuera de duda, quedan otras cuestiones por elucidar: ¿cuál pudo haber sido la recepción de este corrosivo pensador en el pensamiento español e hispanoamericano que típicamente en esos momentos estaba más en un proceso de construcción que, por decirlo con voz actual, de de-construcción? Y, más cerca de nuestro tema, ¿cómo llegaría Alfonso Reyes al conocimiento de este original pensador?, y ¿qué rasgos lo llevaron a acometer la magistral paráfrasis libre que aquí se presenta y que es un ejemplo indudable de virtuosismo hermenéutico y de *savoir faire* en la maquinaria del verso? En todo caso, es muy probable que Alfonso Reyes haya

conocido a Mandeville sólo después de 1918, año en que publica en *El Sol de Madrid* los artículos que luego conformarán los capítulos de *Las mesas de plomo* (en el volumen V de sus *Obras completas*), donde es cuestión el periodismo inglés en el siglo XVIII, momento en el cual sería lógico que hubiese aparecido al menos una mínima alusión al autor de *El panal rumoroso*. Pero no es así y sigue siendo un misterio por qué Alfonso Reyes llega a traducir –y muy bien– o, como él dice, a presentar una “paráfrasis libre” de la fábula contenida en *El panal rumoroso*; sigue siendo un misterio por qué en el amplio corpus de sus obras completas sólo se registra casi confidencialmente en *Constancia poética* la existencia de este poema. Alfonso Reyes publicaría su “paráfrasis libre” de *El panal rumoroso* en 1957, dos años antes de su muerte, en esos cuadernitos casi clandestinos que fueron los de la colección “La flecha”, donde también se recogería *El concivicio* de Luis Vives.

Se puede aventurar una hipótesis e imaginar que la idea de dar a *El panal rumoroso* una traducción literaria, disimulada bajo la etiqueta de “paráfrasis libre”, le viniera a Alfonso Reyes de sus conversaciones con economistas como Eduardo Villaseñor o aun Daniel Cosío Villegas. Por los expedientes del Fondo de Cultura Económica, de esta obra y de su traductor José Ferrater Mora se desprende que, aunque el libro sólo terminaría publicándose en 1982, los trabajos para su traducción se inician ¡por lo menos cuarenta años antes! En 1940, Daniel Cosío Villegas escribe a José Ferrater Mora, a la sazón exiliado en Estados Unidos, proponiéndole que haga algunas traducciones, una de ellas será “la segunda parte de *La fábula de las abejas*”. Además, Ferrater tendría que revisar la primera parte en la que habían participado Vicente Herrero y Francisco Giner de los Ríos. A Ferrater Mora le encarga Cosío Villegas que no traduzca las notas de la edición inglesa de F.B. Kaye. Luego, se pierde el rastro del manuscrito y les toca a Jaime García Térreres y a Roberto Kolb el honor de desenterrar *La fábula de las abejas* y concluir su publicación con la colaboración de Carlos Gerhard y de Agustín Ezcurdia.

Es muy probable entonces, para volver a Alfonso Reyes, que éste haya tenido noticia de Mandeville y de su *Fábula* alrededor de 1940. Por otra parte, Rafael Segovia me comenta que otro lector mexicano de Mandeville fue el historiador Edmundo O’Gorman.

Otra hipótesis sería que Alfonso Reyes llega a conocer a Mandeville hacia 1929, cuando comienza a escribir la opereta *Landrú*, que, como se sabe y él mismo

dice, continúa “en los ocios de varios años”, hasta poco antes de su muerte. Esta inferencia no tiene otro fundamento que cierto aire festivo de familia entre la macabra farsa sobre el célebre asesino serial y el humor retorcido y paradójico del ingenioso holandés naturalizado inglés. En ambos textos se da, en cualquier caso, una curiosa y burlona complacencia en la ambigüedad y el equívoco que anda sobre el filo de la navaja del ingenio chocarrero y la vulgaridad —para citar una voz dirigida contra Mandeville.

La mano que apuñala
la mano que sujeta
el crimen policia
el complejo hermafrodita

con que concluye el “Monólogo del jefe de policía” de la opereta *Landrú* no deja de tener, insistimos, un cierto aire de familia con los pícaros y cínicos retratados en *El panal rumoroso*.

La paráfrasis libre de Alfonso Reyes consta de 448 versos octosílabos repartidos en estrofas de 10, mientras que la versión de José Ferrater Mora, publicada al inicio de su traducción de *El panal rumoroso*, consta de 314 versos de arte mayor (irregularmente enunciados en alejandrinos y versos de 14, 16 o 18 sílabas) y repartidos en estrofas de 15 o de seis versos, siguiendo muy de cerca el original. El texto de Alfonso Reyes, cabe insistir en ello, es una “paráfrasis libre”, se presenta como un ejercicio gratuito y fue realizada como parte de un oficio poético *diletante*, y no con intención didáctica (la prueba es que Alfonso Reyes sólo vuelve a mencionar y apenas si de paso la fábula mandevilliana en la “Noticia de traducciones poéticas” que incluye al final de su *Constancia poética* (tomo X de las *Obras completas*).

El argumento de *El panal rumoroso o la redención de los bribones* expone la historia de un panal que prospera y florece alimentado por el lujo, la corrupción, la ebriedad y el crimen, pues cada una de estas instancias produce empleos, trabajo y ocupaciones, pero los habitantes-insectos de esa ciudad claman al cielo por su decadencia moral. Jove-Júpiter los oye por fin un día y les devuelve la prodigalidad: el crimen cesa, se cierran y quedan desocupadas las cárceles, la lujuria es destronada por la decencia y la modestia, y se quedan sin trabajo los sastres y co-

cineros; en fin, reina la frugalidad pero con ella aparece la pobreza y la avaricia. La “moraleja” reza:


El orgullo, el fraude, el lujo
rinden beneficios ciertos
y resucitan los muertos
a su irresistible embrujo...

Las ideas de Mandeville no sólo representan una muestra privilegiada de los alcances de la filosofía moral inglesa. Mandeville supo seguir y desmontar las más finas ramificaciones del orgullo y la autoestima que están en la base conceptual de lo que las jergas sociológicas contemporáneas llaman el “control social”. Ni la psicología social ni la sociología podrían prescindir de sus aportaciones; tampoco las teorías de Adam Smith en *The Theory of Moral Sentiments* o en *Wealth of Nations* sabrían prescindir de ese enfoque, de esa idea general de la determinación subracional de la mayoría de nuestros actos. Adam Smith –como apunta Arthur O. Lovejoy– supo exponer con mayor detalle y ecuanimidad “y con espíritu más constructivo y menos satírico” esas ideas. La historia de “la percepción interior de la psicología del comportamiento moral del hombre” no podría elaborarse cabalmente sin tener en cuenta al irritante y simpático Mandeville.

Paradójicamente, Mandeville fue en cierto modo víctima de sí mismo pues en su afán de irritar y tratar a patadas al burgués no supo calibrar cabalmente la magnitud del hecho psicológico y social que había llegado a entrever. Hacia principios del siglo XX había sido víctima de su propio éxito y había sido a tal punto olvidado que cuando Thorstein Veblen publicó su *Theory of Leisure Class* –obra considerada desde su aparición como una aportación original y no exenta de importancia para la teoría económica y la psicología social (dos temas indisolublemente ligados), y curiosamente traducida al español por el filósofo marxista Adolfo Sánchez Vázquez– pocos se dieron cuenta de que en realidad las ideas de Veblen se podían encontrar fácilmente “en la Observación [M] de Mandeville y en otros lugares de sus apéndices en prosa de *La fábula*”. En estos últimos párrafos, el autor parafrasea la carta personal que el eminente Arthur O. Lovejoy envió el 3 de marzo de 1922 (la carta de Arthur O. Lovejoy está citada en las páginas 694-695

de la traducción al español, en el apartado “Referencias a la obra de Mandeville”) al editor moderno de *The Fable of the Bees: or Private Vices, Public Benefits* (1924), F.B. Kayes, cuyo “comentario crítico, histórico y explicativo” sería traducido por José Ferrater Mora para el Fondo de Cultura Económica en 1982 con el título: *La fábula de las abejas o los vicios privados hacen la prosperidad política*.¹ Curiosamente Daniel Cosío Villegas le pide a Ferrater Mora que no haga el prólogo de la obra y que en todo caso escriba el texto para ser publicado en la revista *El trimestre Económico*. Dicho texto nunca se publicaría. La opinión de José Ferrater sobre Mandeville se encuentra en el tercer tomo de su Diccionario de Filosofía.

Mandeville es uno de esos pensadores y ensayistas que, como sugiere Mauricio Tenorio Trillo en su texto sobre Gabriel Zaid (publicado en *Istor* número 19, invierno de 2004), desde la economía son capaces de renovarla al tiempo que dejan correr un aire fresco en la ciudad de las letras. Aunque no podemos caer *aquí* en la tentación de trazar paralelos entre Mandeville y Zaid, de hecho, desde el mirador mexicano e hispanoamericano, ésta es una asignatura pendiente en el curso de una historia comparada del ensayo.

Por último, cabe decir que la edición preparada por F. B. Kaye de *The Fable of the Bees*, traducida por el eminente José Ferrater Mora y editada por el Fondo de Cultura Económica, con sus índices (de comentarios, de referencias), sus notas y apéndices (como el útil *Críticas de La fábula de las abejas*) es un admirable monumento crítico y editorial. Hasta hace unos meses (septiembre de 2005) el precio era de 244 pesos, o sea poco menos de 20 dólares usamericanos o unos 18 euros, según el tipo de cambio. 

¹ México, primera edición 1982, reimpresión 2000, 721 pp.

BERNARD MANDEVILLE

EL PANAL RUMOROSO

o La Redención de los Bribones



PARÁFRASIS LIBRE DE

ALFONSO REYES

ÍNDICE

Noticia	5
El Panal rumoroso o la redención de los bribones	7
Moraleja	24
<i>Notas</i>	27

BERNARD MANDEVILLE

El Panal Rumoroso

o la

Redención de los Bribones

Paráfrasis libre

de

ALFONSO REYES

México
La Flecha.—Nº 2
1957

Primera edición en inglés: Londres, 1705

Primera edición en español

Paráfrasis libre de Alfonso Reyes

México, 1957

Tirada de 1,000 ejemplares

Derechos reservados conforme a la ley

© Alfonso Reyes, México, 1957

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

NOTICIA

Bernard Mandeville o de Mandeville (1670-1733), nativo de Dordrecht (Holanda), médico radicado en Londres e incorporado a las letras inglesas, publica su sátira en octosílabos, *The Grumbling Hive, or Knaves turn'd Honest*, en 1705. La reedita con comentarios en prosa cada vez más extensos, bajo el título *The Fable of the Bees, or Private Vices, Public Benefits*, en años sucesivos. Su objeto es mostrar la vileza irreducible de la naturaleza humana, y el mal en que se funda necesariamente la sociedad, a la vez que alude a las cosas de la época. Eran los días en que los Tories acusaban a Marlborough y al Ministerio de abogar por la guerra con Francia en vista de intereses particulares.

La sátira de Mandeville provocó una controversia en que figuran William Law (*Remarks on the Fable of Bees*, 1723), el Gran Jurado de Middlesex y el papel acusatorio de 'Theophilus Philo-Britannus' en el *London Journal* (1723), Richard Fiddes (*General Treatise of Morality*, 1724), John Dennis (*Vice and Luxury Publick Mischiefs*, 1724), tal vez George Bluet en ciertas reflexiones anónimas de 1725, Archibald Campbell (*Aretologia*, 1728), Berkeley (*Alciphron or The Minute Philosopher*, 1732), Hervey (*Some Remarks on the Minute Philosopher*, 1732), John Brown (*Essay upon Shaftesbury's Characteristics*, 1751) y Adam Smith (*Theory of Moral Sentiments*, 1759). Robert Browning hace figurar a Mandeville en sus *Parleyings with Certain People of Importance in their Day* (1887): "... Sage dead long since, Bernard de Mandeville!"

Mandeville representa una reacción contra el optimismo filosófico, algo beato, de Shaftesbury y los deístas, a la vez

que se enfrenta con las convenciones de la moral popular. Se acerca al punto de vista de Hobbes, Helvetius y demás sistemáticos del “egoísmo serio”, prepara el camino a los utilitarios, y ha sido llamado el Diógenes de la filosofía inglesa. Sus paradojas nunca pudieron ser contestadas a fondo, por lo mismo que nadie puede demostrar la perfección del ser humano.

La presente paráfrasis ha sido hecha con la libertad indispensable para dar sabor en nuestra lengua al estilo anticuado y algo plebeyo del autor. A veces la libertad llega a la parodia. No pretende, en modo alguno, ser una traducción apegada. Las notas proceden de la edición: *The Fable of the Bees: or, Private Vices, Publick Benefits, By BERNARD MANDEVILLE. With a Commentary, Critical, Historical and Explanatory by F. B. Kaye.* Oxford: At the Clarendon Press. MDCCCXXIV, 2 vols.

A. R.

EL PANAL RUMOROSO
O
LA REDENCIÓN DE LOS BRIBONES

Un panal de rica miel
y de pródiga colmena
era de la industria arena
y de las armas laurel.
Con más regalo que aquél
ningún enjambre vivía:
ni tiranos padecía,
ni la democracia inquieta,
porque entre leyes sujeta
y afianza su monarquía.

Los racionales insectos,
humanidad abreviada,
de la toga y de la espada
disfrutaban los efectos.
Diminutos y perfectos,
vencían a los humanos
en los oficios urbanos,
y aunque hablando ignota lengua,
toda una ciudad sin mengua
edificaban sus manos.

Con arte menuda y alta
que no alcanzamos a ver,
solían ellos hacer
cuanto a nosotros nos falta.
Zumba el uno, el otro salta,
y hete aquí que, con paciencia,
alzan fábricas de ciencia,
torre, barco, muro y puente,
o al menos su equivalencia
aunque en orden diferente.

Pues véase que aun tenían
reyes y guardias reales:
si las cuentas son cabales,
dados no les faltarían.
Es claro que jugarían
alguna vez a los dados,
porque nunca hubo soldados
horros de tan noble asueto,
y dan lo mismo al objeto
peones y coronados.

Apiñados en montones,
frutos doblados rendían,
pues millones proveían
la industria de otros millones,
que en vastas transmutaciones
devoran la obra manual,
sólo para ver que tal
o cual sacie su apetito.
Y ante el empeño infinito,
poco era todo el panal.

Los pudientes, sin trabajos
alcanzan grandes provechos;
otros se rompen los pechos
en los menesteres bajos,
deshaciéndose en andrajos
para merecer el pan.
Mientras los pocos, que dan
en pago su gatuperio,
chupan con otro misterio
la paciencia del gañán.

Tahures, ratas, fulleros,
adivinos, zurcidores
de voluntades, doctores
sin título, monederos
falsos, sin otros dineros
que su malicia y su tino
para vivir del cretino
que en ellos cifra su amor,
y medran con la labor
del benévolo vecino.¹

Bribones les llamaban; pero ¿a cuáles
si todos en el reino son iguales?
Si en todo trato hay su virtud secreta
y en toda profesión hay una treta?

Los letrados, sabias ruelas
de enmadejar pleitos vanos,
hilan con los escribanos
casos, trampas e hipotecas;
pues, sin proceso, son huecas
las más justas pretensiones.
Lo propio hacen los ladrones:
éstos rompen cerraduras;
aquéllos, las hendeduras
de leyes y prescripciones.

¿Que aumentan las audiencias? Punto en boca:
aumenta la ganancia, que era poca.

Más que la ciencia o la cura
del caso que le concierna,
el médico se gobierna
por ganar fama y holgura;
solemnidad, compostura,
del boticario el favor,
de la partera el loor,
la anuencia sacerdotal,
pues que parto y funeral
fundan su ingreso mayor.

Sonreír y saludar;
mucho halago que concilia
la afición de la familia;
paciencia para aguantar
lo que suele recetar
una tía majadera
que se mete a curandera;
seguir la conversación,
y la mayor maldición:
¡soportar a la niñera!

Por cada buen sacerdote,
flaco de estudio y pobreza,
hay ciento, cuya rudeza
es para la grey azote,
que engordan con el escote
del propio oficio divino,
tal como el sastre ladino
medra en la sisa del cliente;
más duchos en aguardiente
que un viejo lobo marino.

Para el guerrero, el honor,
si logra salir con vida.
Los más, diestros en la huída,
ganan el premio mejor:
si aquél fía en el valor,
de éstos el soborno es daga;
y hasta les doblan la paga
y comen de sus deslices;
y el otro, de cicatrices,
y que buena pro le haga.

El ministro es del monarca
ávido pulpo insaciable,
que estira hasta lo improbable
los beneficios del arca:
en los provechos que embarca,
no en el público servicio.
Esto es gaje del oficio
—ya se sabe— y si hay comento,
se le llama emolumento,
que es la máscara del vicio.

Porque siempre la abeja fue maestra
en ganar mucho más de lo que muestra,
y es imprudente dar con el talego
en las narices al que pierde el juego.

Y baste, como extremo de la usura,
que muchos adulteran la basura,
sin que nadie se libre de esta fiebre
que se suele llamar “gato por liebre”.

La Justicia abre la venda
y arriesga un ojo al platillo,
por ver si hay algo amarillo
que decida la contienda.
Dejan que su sable hienda
cuando hay pena corporal,
mas si hay otro arreglo al mal
será que el mal no es punible,
porque la horca es flexible ²
bajo el peso del metal.

Cada abeja, otro que tal,
pero el panal, un portento;
que aun los crímenes que cuento
engrandecen el panal.
Y envidiado por igual
en la paz como en la guerra,
su política se encierra
en sumar vicios, de modo
que en virtud acabe todo,
y el mal, en bien de la tierra.

Tal la música armonía,
de discordancias dechado;
que es un acorde el Estado
de tanta cacofonía.
Si todo se contraría,
es que todo se concierta.
La templanza es agua muerta,
gula y embriaguez revuelve,
y todo virtud se vuelve
al abrirse la compuerta.

Madre del mal, la avaricia
cunde en liberalidad,
pecado de dignidad
exento ya de malicia.
Si la lujuria desquicia,
a muchos da de comer.
El orgullo es sumiller
de la abundancia, y aumenta
de las industrias la cuenta
por loco que pueda ser.

La envidia, la vanidad
y la moda, que hace el tercio,
son la rueda del comercio,
motor de su variedad;
y su mutabilidad
cura su mismo extravío,
pues al mes ya causa hastío
lo que antes era vehemencia,
de suerte que la prudencia
alcanza un triunfo tardío.

El tiempo en su curso grave
metamorfosea el vicio,
que va mudando su oficio
por otro oficio más suave.
Y aprende, el que menos sabe
y menos tiene, a exigir
otro modo de vivir,
comodidad y regalo,
y el pobre, en corto intervalo,
es rico del porvenir.⁸

Sombra es la humana ventura
junto al gozo celestial.
El melífero animal,
para lo poco que dura,
ignora que tiene hartura,
y debiera bendecir
lo que le dejan vivir
barcos, armas y gobiernos
que, entre lamentos eternos,
muda . . . ¡para reincidir!

Aquel que amasó tesoros
robando al prócer y al paria,
todo el día canta el aria
de los engaños y lloros.
¿Qué se queja, qué desdoros
reclama el bribón ingrato?
¡Que compró por liebre gato
en la tienda del guantero,
y obtuvo por su dinero
la horma de su zapato!

Todos clamaban a una:
“¡No hay vergüenza en el país!”
Mas su vida era el mentís
de su queja inoportuna.
Cansóse al fin la Fortuna,
y Jove, con ironía,
dijo: ¡“Acabe la porfía!
¡Fuera el fraude!” Y al instante,
todo mudó de semblante
como de la noche al día.

Huyó el fraude. Entre pudores
la honradez entró en vigencia,
como el Árbol de la Ciencia,
desenmascarando errores.
Silencios, miedos, temblores,
contriciones y sonrojos.
¡Duro camino de abrojos
para tales penitentes!
Rubor nublaba sus frentes
y se leía en sus ojos.

¡Qué cambio y consternación!
A los abusos ¡qué dique!
Bajó la carne un penique
para toda la nación.
Ya no hay simulación
ni cautelosas miradas;
almas recién estrenadas
dejan la barra vacía,
pues se pagan a porfía
aun las deudas olvidadas.

Desde el monarca hasta el bobo
desnúdanse la careta.
Ya no hay engaño ni treta,
ya no hay malicia ni robo.
Ya, privados del adobo,
se mustian los abogados,
y sus tinteros cansados
cuelgan con el cuerno seco,
porque ya no hay embeleco
donde todos son honrados.

¿Justicia? ¡Si no hay ultraje!
Desierta está la prisión;
con su larga procesión
la Justicia emprende el viaje:
Allá van los del herraje
con sus rejas, sus candados,
sus picaportes chapados;
el que encarcela y remacha;
el verdugo con su hacha;
oficios hoy excusados.

Siguen los jueces, jinetes
en la nube que los guía;
su escolta es la policía
de gendarmes y corchetes;
marchan detrás en piquetes
cuantos viven de extorsiones;
y en las más altas regiones
se ve volar a la Diosa,
cuya espada está herrumbrosa
por falta de ejecuciones.

Del farmacéutico abuso
y de la disputa vana
libre ya, el físico sana
con los remedios al uso
—pues naturaleza puso
junto al quiste el emoliente—;
cobra su sueldo decente,
y sus ganancias calcula
sin el pienso de la mula
para visitar al cliente.

Purgado el clero de holganza,
y en número ya prudente,
administraba al creyente
fe, caridad y esperanza.
Para más la grey no alcanza,
pues, dulce de corazón,
no ofrece complicación
que multiplique el servicio:
todo es bondad, sacrificio,
paz, obediencia y perdón.

Y ajeno a los negocios del Estado,
hospitalario como limosnero,
Papá-Abejón vivía consagrado
al flaco, al triste, al pobre, al jornalero.

Los ministros y oficiales
viven ya de su salario;
no se admite intermediario
diestro en sobornos fiscales.
Los funcionarios reales
se redujeron de suyo,
y no hay uno solo cuyo
dictamen tuerza el derecho,
o pretenda cobrar pecho
entre lo mío y lo tuyo.

Ya es fraude la carestía,
y al más altivo le basta
la moderación que gasta;
ya ni el más necio se fía
de la torpe algarabía
de corredores traviesos.
¡Vayan a otra parte esos
que, “por mendrugos de pan”,
coches y caballos dan
y fincas y otros excesos!

¿A qué mantener galeras
y compañías armadas
en regiones alejadas
y en hazañas extranjeras?
¿Qué orgullos, qué borracheras,
qué funestas vanidades
buscan gloria en las crueldades?
Sólo es lícita la guerra
cuando defiende la tierra,
derechos o libertades.

¡Ay, pero, en este concierto
del comercio y la honradez,
el panal de antigua prez
se va quedando desierto!
Pues si el vicio a chorro abierto
despilfarraba millones,
alimentaba montones
que hoy se quedan sin oficio,
y echando menos el vicio
emigran a otras regiones.

¡La propiedad despreciada,
abandonadas las glebas,
la maravilla cual Tebas
con música edificada!⁴
La más suntuosa morada,
lujo de sus moradores,
con carteles delatores
se ofrece al mejor postor.
Sobran artista y pintor,
pedreros y constructores.

Los escasos habitantes,
devotos de la templanza,
hoy luchan por la pitanza,
si por el dispendio antes;
pagan las cuentas restantes
que deben al tabernero,
y que los aspen primero
que vayan a reincidir;
y ya no puede lucir
la hembra del vinatero.

Ya no hay quien preste fortunas
para Ortelans y Borgoñas,
porque ya no hay carantoñas
de algunos con sus algunas
que, en las noches oportunas,
y entre pavo y condimento,
consuman en un momento,
por fiestas de Navidad,
la discreta parvedad
que consume un regimiento.

La altiva Cloe, que un día,
para aumentar sus arreos,
hundió a la India en saqueos
y al marido en simonía,
hoy tan sólo se atavía
con un vestido por año;
y procura con amaño
ir vendiendo su moblaje,
cuidando que se rebaje
el desperdicio de antaño.

Los trajes duran, porque ya no hay moda
desde que sobrevino aquella poda,
y el arte de enredar seda con plata
cambió de clima o estiró la pata.

Menos mal que todavía
cuentan con lo indispensable:
la pacotilla estimable
y el poder vivir al día;
que, aunque sin jardinería
y en completa libertad,
con cierta benignidad
la tierra les da su fruto.
Eso sí, todo es en bruto,
sin primor ni calidad.

Todos dan en emigrar
según la virtud progresa:
mercader, fábrica, empresa,
toman el rumbo del mar.
Artes e industrias al par
caen de su antiguo estado,
que quien vive despojado
y se siente satisfecho
¿qué mejora, qué provecho
ha de buscar el cuitado? ⁵

Así diezmado el panal,
pronto la extraña malicia
juzgó la ocasión propicia
para clavarle el puñal.
Y fue la guerra. Y fue tal
el precio de la victoria,
menos cierta que ilusoria,
que apenas pocos quedaban,
y esos pocos vacilaban
entre la ruina y la gloria.

Por el hambre endurecidos,
las armas y el sufrimiento,
absteniáanse de intento
de manjares y vestidos;
y huyendo lujos mentidos,
la comodidad dañina
y el goce que desatina,
dando las gracias al cielo
se escondieron con recelo
en el hueco de una encina.

MORALEJA

De aquí, lector, se concluye
que nunca un panal honrado
puede vivir regalado;
pues si sus vicios destruye,
rueda en la cima que huye;
si destierra la falsía,
sólo es grande en la utopía
que le anda por la cabeza,
y poder, fama y grandeza
prosperan por otra vía.

El orgullo, el fraude, el lujo
rinden beneficios ciertos
y resucitan los muertos
a su irresistible embrujo.
¡Si hasta del hambre el influjo
fomenta la digestión;
las mismas industrias son
efectos del artificio,
y es imposible sin vicio
edificar la nación!

¿Qué sería de la viña
a sí propia abandonada,
leña torcida y menguada
que a las plantas mueve riña?
Pero la tallan de niña,
la aderezan con esmero,
y es ganancia al vinatero,
inspiración de pinceles,
sonrisa de los manteles
y delicia del garguero.

Porque, si bien se repara,
la insobornable virtud
no es prenda de la salud,
aunque la ayuda y prepara.
Hay que dar al alquitara
mezclas de esencia remota,
y sólo entonces borbota
la soñada Edad de Oro,
libre de usar, sin desdoro,
la honradez . . . y la bellota.

NOTAS

¹ Cf. la obra póstuma de Butler, *Sobre la flaqueza y miseria humanas*: "...Alcahuetas, rameras, usureros, enredadores, logrerros, ministros prevaricadores, que medran con su falta de escrúpulos o con créditos sin garantía..."
² Tuvo ocasión Mandeville de consultar el ms. de Butler, sólo publicado en 1759? Este poema dice incidentalmente:

*Nuestros actos más sagrados
son efecto
de flaquezas y pecados.*

² Cf. T. Livio, I, 26: "infelice arbori veste suspendito"; y Cicerón, *Pro C. Rabirio*, IV, 13.

³ Sobre estas líneas, adviértanse dos anticipaciones (que no suponen una inspiración o fuente directa): "... (En América) el rey de un vasto y rico territorio se sustenta, aloja y viste mucho peor que un jornalero inglés" (Locke, *Del Gobierno Civil*, II, IV, v. 41); y "... un rey de la India no vive, ni se alimenta, ni viste mejor que un labriego inglés" (*Consideraciones sobre el Comercio de las Indias Orientales*, en la *Select Collection of Early English Tracts on Commerce*, ed. Political Economy Club, 1856, p. 594).

⁴ "El autor se refiere a los altos edificios de la Ópera y la Comedia. Anfión, tras de haber arrojado a Cadmo y a su mujer, construyó en su antiguo recinto la ciudad de Tebas, atrayendo y ordenando las piedras mediante la armonía de su lira". Trad. francesa, 1750, I, 27. Pero también puede haber un equívoco sobre los dos sentidos de la palabra inglesa "play": "música" y "juego" (de azar).

⁵ Cf. "Cuando el hombre está del todo satisfecho de su estado, cuando no siente incomodidad ninguna, ¿qué industria, qué acción, qué otra cosa le queda más que continuar como está? ... Y así vemos que nuestro sabio Creador, conforme a nuestra constitución y manera, y visto cuál sea el aliciente de nuestra voluntad, ha puesto en el hombre la incomodidad del hambre y la sed y demás deseos naturales, los cuales vuelven siempre en tiempos oportunos para excitarnos y determinarnos a obrar, como conviene a la preservación y continuación de la especie". Locke, *Ensayo sobre el entendimiento humano*, ed. Fraser, 1894, II, XXI, 34.

Esta edición de "El Panal Rumoroso"
se imprimió en México, D. F.
en los talleres de la
Gráfica Panamericana, S. de R. L.
con tipos Bodoni
en el mes de diciembre de 1957

*

Diseño tipográfico de
A.A.M. Stols